

## Prólogo

---

*Cha do dhùin doras nach d'fhosgail doras.*  
Cuando una puerta se cierra otra se abre.

**L**a vida tal y como ella la conocía había llegado a su fin. Sucedió la mañana del doce de septiembre de 1820...y en ningún momento lo vio venir.

Lady Eleanor Wycliffe, heredera del ducado de Westover —el ducado más ilustre de toda Inglaterra, ni más ni menos— había sido educada como tantísimas jóvenes inglesas de buena cuna. Sus días llenos de desahogo y comodidades transcurrían sin que se esperara de ella otra cosa que dar puntadas perfectas y comportarse como una joven educada y agradable.

Ya antes de entrar en la clase de la Excelsa academia para damas de noble alcurnia de la señorita Effington, le habían inculcado que su única ambición en la vida sería hacer una buena boda, ser una anfitriona refinada y esforzarse todo lo posible por ofrecer a su futuro y aún desconocido esposo el venidero e importantísimo heredero varón.

*Siéntese erguida, señorita.*

*Tiene que deslizarse, querida, nada de zancadas.*

*Eleve los dedos con la inclinación justa al servir el té.*

Palabras indispensables susurradas por diversas mujeres mayores, palabras cuya única intención era infundir en cualquier joven de edad comprendida entre doce y veintidós años un miedo total a acabar sola, como la hermana de Fulanita o la sobrina de lady Menganita, las parias sociales conocidas como...

... solteronas.

*Escalofrío.*

No obstante, Eleanor había disfrutado de una ventaja destacable en todo aquello.

A diferencia de las pobres jovencitas cuyos matrimonios a veces eran convenidos después de poco más de una presentación entre la novia y el novio —como le había sucedido a su mejor amiga de estudios, lady Amelia Barrington, quien dos años antes había quedado unida de por vida a la pareja favorita de su padre en las partidas de swift—, a Eleanor le habían repetido desde que tenía cuatro años que le concederían la oportunidad de elegir a su compañero de toda la vida.

Durante su primera temporada en sociedad, lady Wycliffe había cumplido su papel, tal y como se esperaba de ella. Había buscado y finalmente encontrando a un hombre con quien compartía intereses comunes, un hombre que la trataba con amabilidad y que podría proporcionarle un hogar y las comodidades a las que estaba acostumbrada.

Richard Hartley, el tercer conde de Herrick, era apuesto, educado y tenía buena reputación entre la alta sociedad. Le gustaba leer y tenía oído para la música, igual que Eleanor. No la corregía deliberadamente cada vez que ella pronunciaba una palabra de forma diferente a la de él, y escuchaba, escuchaba con atención, todo lo que ella tenía que decir. Se llevarían bien, y lo mejor de todo era que la finca de Richard, Herrick Manor, estaba a tan sólo dos millas de la residencia ducal de Westover en Wiltshire, lo cual le convertía, creía Eleanor, en una elección de lo más sensata.

Curiosidades de la vida, recordaba haber pensado. Cuán peculiar que el destino les hubiera puesto a uno en el camino del otro a tanta distancia, en Londres, cuando sus familias habían sido vecinas durante generaciones. Sin darle más importancia, Eleanor se tomó esto como un motivo más que les destinaba a compartir sus vidas.

Christian, sin embargo, no parecía entender aquella lógica.

Christian Wycliffe, marqués de Knighton, hermano mayor de Eleanor y patriarca familiar desde la muerte de su padre dos décadas antes, había contemplado con reparos esta relación desde un principio. Pero, como aseguró a su hermana, su disconformidad simplemente respondía al temor por la pronta decisión de ella, por su elección demasiado rápida, pues ésta era su primera temporada tras su presentación en sociedad.

—Date tiempo, Nell —le había dicho cuando Eleanor mencionó

por primera vez a Richard como futuro cuñado—. No hace falta que te lances precipitadamente.

Pero lanzarse precipitadamente era una cualidad en la que Eleanor parecía destacar, como aquella ocasión en la que había decidido que no le hacía ninguna gracia quedarse en casa con la niñera mientras su madre y Christian acudían a un baile. De modo que, con todo el atrevimiento de una niña de siete años, se introdujo como pudo en el pequeño compartimento oculto tras el asiento en el interior del carruaje de la mansión, pensando que una vez que llegaran al lugar donde se celebraba el baile, su madre no tendría otra opción que permitirle asistir. Lo que Eleanor no había considerado en ningún momento era que, después de meterse dentro del compartimento, después de ser zarandeada durante el viaje, lo que no iba a resultar tan fácil sería salir de ahí. El desenlace final fue que, en vez de asistir a la fiesta, la madre de Eleanor, lady Frances, se pasó la velada de pie junto al carruaje, retorciendo su pañuelo con ansiedad mientras Christian, el cochero de la mansión y varias personas más se veían obligados casi a desmontar el carruaje para sacarla de allí.

De cualquier modo, pese a la falta de entusiasmo que había mostrado Christian, Eleanor había mantenido su confianza en la elección de Richard como futuro esposo. Al fin y al cabo, casi todas sus amistades se habían casado para entonces, y el joven pretendiente le iba muy bien. Pasaron juntos buena parte de los siguientes meses, bailando, paseando por el parque —siempre bajo la mirada atenta de su madre, por supuesto—, encaminándose hacia aquel momento inevitable en que Richard pediría su mano. Las matronas de la sociedad movían con gesto de aprobación sus cabezas tocadas con turbantes, y Eleanor esperaba pacientemente mientras todo seguía el curso oportuno, tal y como habían vaticinado durante toda su infancia...

...hasta el 12 de septiembre de 1820, cuando Christian reveló con exactitud a Eleanor por qué aquel matrimonio nunca podría llevarse a término.

Para tratarse de un día que iba a conllevar una convulsión equiparable a un temblor de tierra, la jornada había empezado con una calma de lo más engañosa.

Eleanor se había despertado temprano, cuando los primeros rayos de sol asomaron sobre las colinas orientales, titilando sobre el rocío iridescente que espolvoreaba las ondulaciones cubiertas de brezo que se extendían más allá de los muros del castillo en Wiltshire. Todo parecía tan perfecto.

Había desayunado a solas en su habitación, disfrutando de un rato tranquilo junto al calor relumbrante del fuego de turba, arropada bajo los pliegues de una gruesa manta de lana mientras leía e incluso cosía un poco. Había pensado en dedicar todo el día a actividades tan plácidas como éstas, hasta poco antes del mediodía, cuando llegó una carta para ella con el sello heráldico distintivo del conde de Herrick.

Richard le había escrito desde la propiedad que poseía su familia en Yorkshire, y en la carta, tal y como Eleanor había previsto hacía tiempo, le proponía el matrimonio, con información sobre su abogado en Londres, el señor Jeremiah Swire, quien, si ella aceptaba, se ocuparía de la firma de los contratos matrimoniales y otros detalles legales.

Pese a no tratarse del tipo de propuesta bajo la luz de la luna, con el pretendiente hincado de rodillas, de la que habían hablado entre susurros ella y Amelia B. cuando eran niñas, Eleanor bulló de entusiasmo e inmediatamente se fue en busca de su hermano Christian.

Le encontró a solas en su despacho.

Después de leer la carta de Richard dos veces, Christian continuó sentado en silencio tras su escritorio, escuchando mientras Eleanor expresaba diligentemente sus alegaciones a todo los argumentos que ella preveía que su hermano iba a exponer e incluso alguno más que a él no se le había ocurrido. Recordó a su hermano que su propia boda con Grace a principios de aquel año e incluso la boda de sus padres habían sido convenidas por su abuelo el duque de Westover. Eleanor arguyó que su futuro se afianzaba sobre cimientos mucho más firmes puesto que ella y Richard habían pasado bastante tiempo uno en compañía del otro y se habían escogido el uno al otro en vez de ser una tercera persona la que elegía por ellos.

Eleanor se mostró segura en su posición y refutó cada razonamiento que Christian formuló a continuación en contra de la boda con otro argumento a favor, y cuando Christian se quedó finalmente callado, Eleanor empezó a pensar que le había convencido.

No podía estar más equivocada.

—Lo siento, Nell. Un matrimonio con Herrick es simplemente imposible. No tengo nada más que decir al respecto.

De pronto, el Christian que tenía delante en aquel singular momento tenía un aspecto muy diferente al del querido hermano que siempre había conocido. Tenía el mismo cabello castaño de siempre, un tono o dos más oscuro que el de ella, y los ojos azules asombrosa-

mente claros de su madre, pero la frente sobre estos ojos estaba profundamente marcada por las arrugas, y la sonrisa que siempre le había mostrado había desaparecido.

Fue en ese momento cuando Eleanor había empezado a preocuparse en serio.

—¿Por qué, Christian? Por favor, dime exactamente por qué estás tan decidido en contra de lord Herrick. ¿Acaso crees que no es honesto? ¿Te has enterado de alguna cosa de él de la que yo debería estar informada?

—No —contestó con un ceño implacable—. Por todo lo que yo he podido saber de él, Herrick es exactamente el caballero que todos conocemos.

—Richard me dijo que de niños no os llevabais bien. Él creía que eso tal vez influyera negativamente en tu opinión, pero yo habría pensado que...

Christian sacudió la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con cualquier refriega escolar, Nell.

—Entonces, ¿por qué, Christian? Si te estoy diciendo que lord Herrick es el hombre con quien deseo casarme, ¿por qué no puedes dar tu bendición? ¿No eras tú el que siempre ha dicho que podría elegir? ¿No era eso lo que me habías prometido? Bien, yo he cumplido mi parte. He escogido, y mi elección es Richard.

Christian no le contestó. Se limitó a mirarla fijamente, sin intentar convencerla, pero al mismo tiempo, por lo que parecía, él seguía completamente inflexible.

Frustrada ante el estoicismo de su hermano en lo referente a su futura felicidad, Eleanor desafió a Christian como nunca antes había hecho. Se sentó erguida en su asiento, agarrando con las manos los brazos de la silla, y dijo:

—No me dejas otra opción, Christian. Puesto que no puedes dejar a un lado tus propios sentimientos y pensar en los míos, tengo que decirte que estoy dispuesta a reunirme con Richard en Gretna Green\* si es preciso.

—¡No!

En sus veinte años de vida, ésta era la primera vez que Eleanor re-

\* En el pasado, los jóvenes que querían casarse se fugaban a la ciudad escocesa de Gretna Green, porque en Escocia podían contraer matrimonio legalmente a los 16 años mientras que en Inglaterra los menores de 21 años debían recibir el consentimiento de sus padres. (*N. de la T.*)

cordaba haber visto a Christian levantando la voz. Ni siquiera cuando le había estropeado su par favorito de botas, pisoteando con ellas bajo la lluvia en el laberinto de setos, él había levantado la voz. Christian siempre la había consentido descaradamente durante toda su infancia, le había concedido prácticamente todo lo que ella pedía, llegando incluso a birlar de la cocina tres de las tartaletas de limón favoritas de su hermana cuando ésta tenía cinco años, pese al hecho de que la pequeña perdió el apetito para la cena.

Por lo tanto, el repentino estallido de él aquella mañana la había alarmado. Las palabras que dijo Christian a continuación, pronunciadas en tono muy diferente, la dejaron estupefacta.

—Los motivos por los que no puedes casarte con Herrick no tienen nada que ver con mis sentimientos personales hacia él, Nell. No podrías entenderlo. Créeme, aún no habías nacido cuando...

Eleanor pasó el siguiente cuarto de hora sentada quieta como una estatua mientras Christian exponía un crudo relato que comenzó con la revelación de que su padre, Christopher Wycliffe, no había muerto de la enfermedad que a ella le habían contado desde que tuvo edad para preguntar. O sea, que no había habido fiebre, ni una última boqueada en una gélida noche cuando ella aún estaba dentro del vientre de su madre, hacía ya tanto tiempo.

En vez de eso, continuó Christian, su padre había muerto luchando por el honor de su madre en un duelo contra el hombre con el que había mantenido una relación ilícita, el mismo hombre que, había sobradas posibilidades, mejor dicho, probabilidades de que fuera el verdadero progenitor de Eleanor...

...el anterior conde de Herrick, William Hartley.

«El padre de Richard.»

Todavía ahora, Eleanor podía recordar la indefensión que sintió en aquel momento, como si las mismísimas paredes que la rodeaban empezaran a acorralarla. Sintió un nudo cada vez más opresivo en la garganta, que atragantó cualquier respuesta que pudiera haber dado, y los ojos irritados por las inminentes lágrimas. Mientras oía las terribles insinuaciones de su hermano, sacudió la cabeza como si con eso pudiera borrarlas de algún modo.

—Eso no es verdad, Christian —sollozó—. Richard me dijo que su padre murió al caerse de un acantilado una mañana que salió temprano a cabalgar. Nadie le vio y su caballo regresó sólo al establo. Su cuerpo nunca apareció. ¿Por qué haces esto, Christian? ¿Por qué te inventas esto?

Christian cerró los ojos entonces, respirando a fondo para seguir conteniendo las emociones reprimidas.

—No estoy inventándomelo, Nell. Dios, cuánto desearía que así fuera, he pasado la mayor parte de mi vida intentando que no tuvieras que oír estas palabras. —La miró, visiblemente hundido—. Yo estaba allí aquella noche junto con el duque. —Christian nunca había llamado a su abuelo de otra manera que «el duque»—. Vi a lord Herrick disparar a nuestro padre. Le vi caer. Me arrodillé a su lado mientras moría. La pistola estaba tendida ahí en la hierba, aún amarillada. La cogí. No sabía lo que estaba haciendo. Sólo vi a lord Herrick alejándose. Le apunté. Yo...

Christian se detuvo, sacudiendo la cabeza, sin el valor para pronunciar las siguientes palabras.

No era necesario.

—¿Ttt... tú le mataste?

—Te lo juro, ni siquiera recuerdo haber disparado. Sólo le vi caer sobre la hierba y luego todo se emborronó. Las dos siguientes semanas fueron una pesadilla en vida. El duque encubrió todo lo referente a esa noche, se deshizo del cadáver de lord Herrick, sobornó al médico para que certificara que nuestro padre había muerto de una enfermedad. También quería desterrar a nuestra madre, denunciarla públicamente de adulterio, pero le supliqué que no lo hiciera. Le prometí que si la salvaba a ella y a la criatura que llevaba en sus entrañas, si dejaba a un lado la cuestión de tu paternidad, si dejaba las cosas como estaban, yo haría todo lo que me pidiera. Renunciaría a mi vida para que él la dirigiera como su heredero. Y así lo hice.

Eleanor se quedó mirando a su hermano mientras se esforzaba por controlar la respiración. Su conciencia era un zumbido y le temblaban las manos.

Un momento después, su mente se aclaró al reparar en un solo detalle.

—¿Por eso? ¿Es por eso por lo que accediste a casarte con Grace sin ni siquiera haberla visto antes? Todos estos años me preguntaba por qué insistías tanto en permitirme elegir esposo cuando a ti parecía preocuparte tan poco la persona a la que íbas a hacer tu esposa. ¿Desde el primer momento era porque sabías que habías sacrificado tu vida para proteger a nuestra madre e impedir que alguien, incluida yo, supiera que en realidad no soy nada más que una *bastarda*?

Christian se limitó a mirarla, con la expresión helada por el evidente dolor. Cuánto lamentaba aquello. Pero ¿lamentaba haber teni-

do que hierla? ¿O lamentaba haber tenido que decirle la verdad después de habérsela ocultado durante todos aquellos años?

Si Eleanor no se hubiera topado con Richard en su vida, si nunca hubiera pensado en convertirse en su esposa, probablemente habría pasado el resto de sus días ignorando la verdad, sin saber nunca que de hecho no era lady Eleanor Wycliffe, hija de una de las más ilustres familias de Inglaterra. ¿Nunca habría sabido que era la consecuencia no prevista de una relación adúltera que había acabado con el asesinato de dos hombres, uno de ellos probablemente su padre biológico, el otro su padre oficial?

Todo lo que había sabido de su vida durante todo ese tiempo era una terrible farsa. Había crecido creyendo que su madre y su padre habían vivido en un cuento de hadas juntos antes de que a su padre se lo hubiera llevado injustamente la muerte. Lo había creído porque era lo que le había contado la poca gente en la que podía confiar.

Recordaba haber pensado en una cita del *Phrixus* de Eurípides sobre los hijos que sufrían los castigos de los dioses por los pecados de sus padres. Entonces se preguntó si los dioses castigarían por *doble* partida a los niños cuyos padres y *madres* habían pecado. Si así fuera, entonces sin duda estaba condenada eternamente, pues ¿qué destino más cruel podía existir que vivir toda la vida en el papel de alguien que nunca ha existido?

Aquella noche, mientras todo el mundo dormía en el castillo, Eleanor se marchó, se escabulló guarecida por la protectora noche sin luna de las Tierras Altas. No pensó en explicarle a nadie más a dónde iba. La verdad era que en realidad no se conocía a sí misma.

Cogió cincuenta libras que encontró en el estudio de su hermano Christian y que empleó para atravesar las Tierras Altas, viajando hacia el sur cuanto pudo, hasta la diminuta localidad costera de Oban. Allí era donde se encontraba sentada ahora, sorbiendo té de mora en el pequeño salón posterior de una posada de techo de paja situada en la calle que daba al puerto principal. Estaba agotada, después de tantos días caminando sentía calambres en sus pies enfundados en endebles pantuflas, y además se había gastado casi todo el dinero. No pudo evitar pensar en lo ridículo de la situación: una vez saldara su cuenta con el posadero, sólo le quedaría el dinero suficiente para comprar una pasaje en el paquebote que la llevaría otra vez costa arriba hasta Skynegal. De regreso a las mentiras. De regreso a la traición.

Tal vez fuera una señal. Tal vez debiera haber continuado con su vida, como siempre, ignorante por completo, sirviendo té, alzando



los dedos lo justo al tiempo que fingía desconocer la terrible verdad sobre su pasado. Tal vez estaba destinada a ser esa persona, la *falsa* heredera Westover, ilegítima en secreto, feliz en su ingenuidad.

Justo cuando Eleanor estaba a punto de preguntar a la esposa del mesonero la dirección para ir a recoger el paquebote que viajaba al norte, avistó por casualidad un anuncio torcido colgado de la pared.

SE NECESITA INSTITUTRIZ PARA MUCHACHA DE BUENA CUNA,  
DE OCHO AÑOS DE EDAD.  
PREGUNTAR EN DUNEVIN, ISLA DE TRELAY.

Lo leyó una vez más. Y luego una tercera vez.

Lo que se dio a continuación fue una de esas coyunturas que surgen una sola vez, tal vez dos, en la vida de una persona. Hay quien lo llama encrucijada, otros lo denominan momento decisivo. Eleanor podía embarcar en ese paquebote que viajaba hacia el norte y regresar por donde había venido. Sabía lo que le esperaba allí. Pasaría la vida viviendo una mentira, intentando ocultar cada día la verdad de su ilegitimidad mientras se enfrentaba a diario a la compasión de las miradas de quienes estaban al corriente de los hechos.

O podía tomar la otra vía, la que no había explorado, precaria y tal vez desconcertante, pero una vez en ella, quizá pudiera encontrar un camino hasta la verdad...

... la verdad sobre quién era en realidad Eleanor Wycliffe.



# .....Capítulo 1.....

*Is minig a bha'n Donas dàicheil.*

El príncipe de la Oscuridad es un caballero.

—William Shakespeare

*(El rey Lear, Acto III, escena IV)*

## *Isla de Trelay, en las Hébridas escocesas*

Oyó al criado acercarse pesadamente durante todo un minuto antes de su aparición, jadeante y malhumorado, por la empinada ladera de la colina después de unos cien metros de caminata para llegar desde el castillo hasta allí.

—Tiene una visita, señor. —El hombre se detuvo y se dobló por la cintura para poder recuperar el aliento—. Ha llegado una visita al castillo para verle.

Gabriel MacFeagh, vizconde de Dunevin, apenas alzó una ceja con la llegada del hombre. Por el contrario, se quedó arrodillado ante lo que antes había sido una rolliza pava real, que había quedado reducida a una confusión de plumas y restos sanguinolentos parcialmente ocultos bajo una capa espesa de brezo.

—Se acerca el invierno —dijo para sí más que para que le oyera el hombre que tenía al lado—. Los animales de la isla van a la caza de las provisiones necesarias para mantenerse durante los gélidos meses que están por venir.

Las marcas de mordiscos más pequeños y el persistente olor a almizcle revelaba que había sido un turón, una alimaña parecida a una comadreja que se distinguía por un oscuro antifaz en el pelaje a la al-

tura de los ojos. Era una calamidad que no podían permitirse pasar por alto, ya que incluso corderos más pequeños y otros mamíferos habían caído víctimas de estos intrusos nocturnos. Por el aspecto de la pava, o más bien lo que quedaba de ella, este atacante en concreto no tardaría en regresar.

Gabriel incorporó todo su cuerpazo de metro noventa y siete y sacudió su oscura cabeza mientras dejaba caer la carcasa del ave en un saco que había traído con objeto de evitar atraer a otros predadores a una distancia tan próxima al castillo.

—Parece que ese turón ha vuelto a merodear por el gallinero la noche pasada, Fergus. Es la segunda que perdemos esta semana. Mejor le decimos a MacNeill que vamos a tener que poner algunas trampas por aquí.

Tan corpulento y alto como su señor, Fergus MacIan era el asistente personal del vizconde desde que éste se convirtió en señor unos diez años antes. Con anterioridad a eso, había servido al hermano de Gabriel y al padre de ambos, de modo que llevaba viviendo en la distante isla casi toda su vida. De pie ahora al lado de Gabriel, con la llamativa presencia que le daba su atuendo de tela escocesa, se rascó la cabeza entrecana por debajo de su gorra de Kilmarnock y asintió con conformidad.

—Sí, mejor nos ocupamos de ellos lo antes posible, señor. La última vez, el bicho liquidó cuatro de las gallinas y aun así no pudimos atraparlo, asqueroso *messan*.

Gabriel se volvió, el dobladillo de su falda escocesa casi tocaba el manto de tojo, brezo y juncia que le llegaba hasta la rodilla y cubría la sombría ladera resguardada del sol. Llamó con un silbido a Cudu, su enorme lebrél negro que estaba metiendo el hocico entre los hoyos y la arenaria al pie de la colina, a la búsqueda de un conejo con el que divertirse.

—*Thig a-nall an seo* —le llamó Gabriel en gaélico, ya que era el idioma al que el animal respondía mejor. Miró al perro, que alzó la delgada cabeza como respuesta y empezó a recorrer tranquilamente la ladera de la colina para unirse a él.

Desde arriba, Gabriel avistó un fulmar en la distancia, elevándose graciosamente sobre la superficie de las oscuras aguas del revuelto Atlántico hacia el oeste. Las estrechas alas grises del ave constituían una silueta poética recortada contra el bajo sol de la tarde, que en esta época del año proporcionaba muy poca luz y aún menos calor.

Un poco apartado de la costa, varias embarcaciones dedicadas a la pesca del arenque habían iniciado el regreso para pasar la noche. Más allá de ellas, al suroeste, sólo podía distinguir las brumosas colinas de Donegal en Irlanda, elevándose como islotes distantes sobre el alejado horizonte.

Trelay había sido el hogar de los MacFeagh durante casi cuatrocientos años, pero el clan había echado raíces en las islas incluso antes, mucho antes de eso. El momento exacto de su llegada a las Hébridas era, no obstante, una historia que se perdía en las brumas confusas del tiempo.

Una antigua leyenda sostenía que Trelay, «la Isla de los Exiliados» como la llamaban, y sus islas vecinas de Colonsay y Oronsay, habían sido las tierras donde desembarcó por primera vez san Columbano después del destierro de su Irlanda natal. El santo había pensado en instalarse aquí para continuar la obra de su Señor, pero al encaramarse a una de las colinas —tal vez incluso a la misma en la que se hallaba Gabriel ahora— y al ver su estimada tierra natal recortada en la bruma, partió hacia Iona, situada más al norte, tras jurar que nunca moraría en un lugar desde donde alcanzara a ver su suelo natal. No obstante, antes de marcharse, estableció un antiguo priorato, cuyas ruinas rocosas aún eran visibles en la costa occidental de la isla, un último vestigio de una era mucho más sagrada en esta isla infortunada.

—¿Quién me está esperando, Fergus? —preguntó finalmente Gabriel, rascando la cabeza nervuda de Cudu mientras el perro detenía su trote ante él. Incluso a cuatro patas, la cabeza del animal llegaba hasta el pecho de Fergus—. Seguro que no es Clyne, mi administrador, no creo que se haya adelantado a cobrar los alquileres. Aún falta una quincena para San Miguel.

Fergus sacudió la cabeza y dio una patada al brezo con su pie enfundado en un zapato bajo de cuero.

—Oh, no, señor. Es una jovencita que quiere hablar con usted.

—¿Una jovencita? ¿Está loca?

Cudu soltó un gemido al oír la sugerencia.

Fergus simplemente puso una mueca bajo su tupida barba gris.

—No, señor, parece que tiene una mente bastante juiciosa. Dice que ha venido desde Oban como respuesta a su anuncio pidiendo una institutriz para la señorita Juliana.

Una *institutriz*. Gabriel casi había olvidado por completo el anuncio con el que había empapelado el continente casi un año antes cuando la última institutriz, la señorita Bates, por desgracia había

dejado su empleo. Era una más en el flujo constante de educadoras, aunque había conseguido mantener a ésta durante seis meses, más que a la mayoría.

La sucesión de hechos pronto se había constituido en rutina. Aunque pudiera encontrar finalmente a alguien dispuesto a viajar hasta esta distante isla de Trelay, una de las partes más remotas de Escocia, en cuestión de meses, a veces a las semanas de su llegada, la educadora acudía un día a él con una triste historia sobre una tía enferma o una abuela impedida que de repente necesitaba toda su atención y requería que se marcharan... de inmediato.

Aunque al principio Gabriel lo había creído, pagando incluso el transporte de una de las educadoras para que regresara a Edimburgo, pronto empezó a advertir que, con cada marcha sucesiva, todas ellas tenían la misma mirada en los ojos.

Para cuando se marchó la señorita Bates el año anterior, Gabriel ya sabía reconocer que aquella era una mirada de miedo.

Después de la señorita Bates, y pese a las gestiones realizadas incluso en Londres y también en Francia, los esfuerzos de Gabriel para garantizar a su hija una nueva institutriz no habían recibido una sola respuesta. Por lo visto, los rumores sobre la historia mancillada de la isla habían traspasado fronteras internacionales. Ya estaba a punto de tirar la toalla y resignarse a la posibilidad de que su hija no conociera otro mundo que este lugar desolado de mal agüero cuando, de repente, una extraña surgía aparentemente de entre las mismas brumas y ofrecía un renovado destello de esperanza.

Ante esta idea prometedora, Gabriel bajó la mirada casualmente a sus manos, manchadas con la sangre de la carcasa de la pava. Una imagen de la misma expresión horrorizada con la que le había dejado su institutriz huida centelleó en su imaginación. Se volvió para mirar a Fergus aún de pie a su lado.

—Pide a Màiri que sirva el té a nuestra invitada mientras me limpio. No serviría de mucho que la dama conociera al Diablo del Castillo de Dunevin sin ni siquiera haber tenido ocasión de deshacer la maleta.

De repente estaba rodeada de ellos.

Eleanor sentía las gélidas miradas acechándola desde todos lados, la observaban y estudiaban silenciosamente mientras permanecía sentada con las manos enguantadas recogidas y los dedos firmemente en-

lazados sobre su regazo. Mirara donde mirara, por mucho que intentara evitarlos, ahí estaban. Si cerraba los ojos, casi podía oírlos, sus vocecitas llegaban como susurros con las ráfagas del aire de la isla...

*Corre...*

*Sal de aquí...*

*Antes de que sea demasiado tarde...*

Una combinación de diversos ciervos, gatos monteses y peludas martas la miraban directamente, disecadas y sostenidas sobre paredes de piedra gris, de aspecto inacabado, elevándose más de seis metros sobre su cabeza. Cerca, una espada tradicional escocesa, de aspecto amenazador, cuya hoja arañada y marcada sin duda tenía algo que ver con una buena cantidad de las cabezas reducidas que colgaban junto a una daga que parecía capaz de atravesar un buey.

«Oh, cielos», pensó para sus adentros. «¿Qué diablos acababa de hacer?»

Eleanor permanecía sentada a solas, erguida como una farola, con las rodillas pegadas con fuerza, preguntándose, no por primera vez, qué era lo que la había empujado a venir aquí.

Tal vez debería haber escuchado las advertencias de la señora MacIver, la esposa del mesonero de Oban, advirtiéndola de que no abandonara la seguridad del continente escocés para ir a la remota isla de Trelay, perpetuamente envuelta en nieblas.

Era el *lugar donde rondaban las almas en pena*, habitado por el tenebroso vizconde, lord Dunevin, o como le había llamado la señora MacIver: el *Diablo del Castillo de Dunevin*.

—Es el último de los MacFeagh y tal vez ese nombre muera con él —le había contado la mujer con su voz susurrante y reservada, como si de verdad temiera que el hombre alcanzara a oír de algún modo hasta el continente escocés—. Un clan marcado por generaciones de muertes inexplicables y rumores arraigados sobre su adoración a otro mundo. Se cuenta que los de su grupo tienen poderes místicos. Proviene de una mujer foca, eso es. Incluso el nombre, MacFeagh, tenía raíces en el nombre gaélico *MacDhuibh-shith*, «hijo del hada oscura».

Como para corroborar las funestas admoniciones de la mujer, cuando avistó por primera vez la solitaria isla, una repentina bruma blanca creció densamente en torno a la pequeña embarcación de una sola vela que la transportó hasta allí. A Eleanor le vino de pronto a la cabeza la noción del mítico transbordador aproximándose a las puertas del infierno, casi esperaba ver al perro Cerbero con sus tres cabe-

zas feroces y la cola en forma de serpiente de pie guardando la inhóspita costa rocosa.

Incluso el barquero al que Eleanor había contratado con su último dinero para que la llevara al otro lado de las aguas picadas del estuario de Lorne había sacudido la cabeza cuando ella descendió de su pequeña barca de pesca, ladeando una ceja con tristeza como si de verdad creyera que una vez desembarcara nunca se volvería a saber de ella.

—Tenga mucho cuidado ahí, jovencita —le había dicho, insinuando con la mirada que se refería a otra cosa que el mero salto del barco a tierra.

Pero los habitantes de las Tierras Altas eran conocidos por su carácter supersticioso. Y lady Eleanor Wycliffe no lo era en absoluto.

Incluso ahora que estaba sentada en medio de la corriente y la humedad de la antigua fortaleza, Eleanor tuvo que tranquilizarse diciéndose que la habitación en realidad no tenía el aspecto de la guarida de Satán. De hecho, no había ninguna horquilla ni soplos de humo infernal por allí. Había libros colocados ordenadamente sobre elevados estantes que ocupaban toda la pared, una alfombra gastada extendida sobre el suelo de piedra, un amplio escritorio desvencijado con papeles apilados convenientemente en un rincón.

A su espalda, un fuego ardía feliz en una chimenea con base de piedra. El aire no olía a azufre, sólo a sal, a humedad y tiempo, y al terrenal olor a turba que la gente del lugar secaba todavía a estas alturas del año en el brezal para prepararse para el inminente invierno. El viento no aullaba con el terror atronador del averno, más bien silbaba a través de las almenas en lo alto de la torre central del castillo y tiraba juguetonamente de las cortinas de tela escocesa a través de la estrecha ventana abierta a su lado.

En vez de eso, el lugar se presentaba exactamente como lo que era, una fortaleza de aspecto antiguo en una isla muy remota de las Hébridas, frente a la costa escocesa occidental, y si Eleanor dejaba a un lado todas las cosas que le habían dicho sobre el propietario del castillo, incluso podía empezar a pensar que no había motivo para estar nerviosa.

Hasta que llegó un sonido desde fuera de la puerta, como unos pasos que se aproximaban, que hicieron que Eleanor volviera a ponerse erguida.

«Ya viene.»

Su coraje se desvaneció instantáneamente mientras se agarraba



fuertemente con los dedos a los brazos tallados del sillón. ¿Qué le diría cuando llegara? «Buenas tardes, milord, sí, he venido a solicitar el puesto de institutriz de su prole, perdón, de su hija. Y si no le importa, le estaría agradecidísima de que no me ofreciera en sacrificio a los infiernos mientras estoy ocupando el cargo...»

¿Y si en efecto él era tan espantoso como decía todo el mundo? La señora MacIver le había contado que la niña no podía hablar, que el padre le había arrebatado la voz en un intento de impedir que revelara la verdad de sus actos malignos. ¿Y qué le habría sucedido exactamente, se preguntó, a la anterior institutriz?

Apartando rápidamente la mirada de la daga colgada de la pared, Eleanor echó un vistazo a la ventana, preguntándose qué caída habría desde allí en caso de que necesitara huir.

—Le he traído té.

Eleanor dio un brinco al oír la voz que sonó repentinamente a su espalda. Se volvió y tomó aliento para tranquilizarse cuando descubrió, no al diabólico vizconde que había esperado, sino al arrugado vejete que le abrió la puerta del castillo a su llegada. No había oído entrar a nadie.

El hombre podía haber surgido de las páginas de un libro de historia vestido como iba con unos coloridos pantalones de tela escocesa, la cabeza cubierta por una boina azul y el rostro tapado por una espesa barba entrecana de nariz a barbilla. Era más bajo que ella, con ese tipo de expresión permanentemente furibunda que conlleva tener que entrecerrar los ojos contra los penetrantes vientos de las islas. Le recordó los grabados que había visto alguna vez de implacables guerreros de las Tierras Altas, sólo que en vez de esgrimir la clásica espada escocesa llevaba en las manos una bandeja de plata con té.

—Su señoría me ruega que le pida disculpas. Estará aún un rato ocupado.

Sin molestarse en esperar una respuesta, el hombre plantó la bandeja con poca ceremonia sobre la mesa situada al lado de Eleanor y se dio media vuelta, marchándose de forma tan abrupta como había llegado.

Las damas de la academia de la señorita Effington se habrían quedado consternadas.

Eleanor esperó a que se cerrara la puerta tras el hombre y luego esperó un momento más, antes de levantar cuidadosamente la tapa de la tetera de porcelana para husmear con cautela en su interior. Ciertamente parecía té, pensó, luego olisqueó el brebaje floral. En

una ocasión había leído que el arsénico tenía un aroma especialmente similar a las almendras. Examinó con la vista el pequeño plato de galletas junto a la tetera y estudió con especial interés especulativo la canela y azúcar espolvoreados por encima.

Su primera idea, por supuesto, fue evitar del todo la bandeja, pero luego su estómago se lo repensó, ya que soltó un decisivo ruido. Había tardado horas en cruzar la distancia desde el continente; ahora se acercaban al final del día y no había tomado un solo bocado desde el desayuno. Tal vez unos pocos sorbos de té y un mordisquito a una galleta sirvieran para aplacar el nerviosismo que sentía. Aparte, si tenía que hacer de institutriz aquí, no tendría la opción de evitar las comidas de la casa.

Dejando a un lado la cautela, Eleanor cogió una galleta y le hincó el diente.

Estaba deliciosa, por supuesto, como corresponde a una galleta, así que se la zampó y luego otra antes de que hubiera pasado un cuarto de hora. Dejó la tercera en el plato y, una vez que acabó de tomarse la taza de té, se levantó de la silla y recorrió la habitación con la esperanza de aliviar su fastidiosa ansiedad.

Se detuvo a mirar algún que otro objeto repartido por la habitación —una esfera que mostraba la ubicación de las constelaciones, un reloj con una sola manilla y grabados de delfines— en un intento de deducir alguna información, cualquier cosa, sobre el tipo de hombre que podría ser el vizconde.

Inspeccionó meditabunda los títulos ordenados en las estanterías, impresionada ciertamente por la colección. ¿Era un hombre culto, interesado en temas diversos? ¿O eran todos estos volúmenes tan sólo una selección acumulada generación tras generación? La caña de pescar y un par de gastadas botas de agua colocadas en un rincón podrían hacer pensar que era amante de aquel pasatiempo propio de personas dotadas de buena paciencia. El tamaño de las botas, sin embargo, indicaba que no tenía una figura menuda.

Eleanor se acercó a la ventana y se detuvo un momento, observando el impresionante panorama debajo de ella. En contraste con el inhóspito litoral rocoso, el interior de la isla era asombrosamente frondoso y colorido, incluso en esta época del año, salpicado de tonalidades que pasaban de una a otra como un caleidoscopio de pinturas a la acuarela.

El ganado de color negro, el más oscuro que había visto en su vida, pastaba perezosamente sobre el cerro que se asomaba al tosco

embarcadero de piedra que servía como punto de desembarco de la isla, donde había llegado por primera vez apenas una hora antes. Algodonosas ovejas de rostro negro salpicaban la ondulante colina tras ellos, mientras a lo largo de la distante costa podían avistarse varias casitas de arrendatarios, estructuras abigarradas que parecían pedazos asimétricos de roca y piedra cubiertos por techos de paja o hierba verde.

Un perro soltó un repentino ladrido de barítono desde abajo y Eleanor se volvió a mirar. En vez del perro, avistó una figura solitaria sentada sobre una roca que daba al mar. Algo en aquella figura, la sensación de aislamiento en aquel acantilado batido por el viento, atrajo la atención de Eleanor. Había un pequeño telescopio de bronce sobre la mesa situada a su lado. Movida por la curiosidad, se tomó un momento para inclinar la cabeza hasta el ocular para poder mirar más de cerca.

Una figura infantil, una niña, quedó enfocada lentamente a través del visor. Su pelo oscuro, color azabache, se levantaba con las ráfagas de viento, volaba agitadamente sobre su rostro y ojos como telas de araña enredadas, pero la niña no parecía advertirlo. Ni parecía advertir el pequeño cordero de pie a su lado que se entretenía con la cinta de la faja de su vestido. Simplemente estaba ahí sentada, como cualquier piedra ubicada allí, y la sensación de soledad que la rodeaba era tan fuerte, tan poderosa, que era evidente como la misteriosa bruma que se adhería al litoral de la isla.

No podía haber duda de que se trataba de la hija del vizconde, la posible pupila de Eleanor.

—Siento haberla hecho esperar tanto.

Eleanor se apartó de un brinco del ocular, casi zarandeo el objeto al hacerlo. Se había quedado tan absorta observando a la niña que no le había oído venir. De todos modos, esta vez no había duda de quién era.

Desde luego que no era una figura menuda; en pocas palabras, era la figura más imponente que Eleanor jamás hubiera tenido delante. Incluso más alto que su hermano y más ancho de hombros. Sólo con su llegada, la habitación se volvió característicamente más pequeña. Eleanor observó mientras él se encaminaba al escritorio y tomó nota de su altura, por encima del metro noventa, y de la negrura de su cabello que caía justo por debajo del cuello de su levita.

Llevaba una falda de pliegues en tonos rojo oscuro, blanco y verde, con un banda de la misma tela echada informalmente sobre el

hombro de su levita de lana oscura. Tenía el cuello de la camisa abierto holgadamente por debajo y su rostro estaba oscurecido por una leve barba incipiente, como si no se hubiera afeitado en días. Sus medias de tela escocesa y zapatos con hebillas estaban salpicados de barro y tenía el pelo alborotado sobre la frente a causa del viento. Sus ojos eran tan oscuros que Eleanor no fue capaz de distinguir el color, en su boca no había indicio de sonrisa. Con su aspecto rudo y fuerte presencia, Eleanor no pudo evitar pensar que el título de «Diablo de Dunevin» resultaba sumamente apropiado.

Se dio cuenta entonces de que su corazón latía con fuerza.

—Soy Dunevin —se presentó él—, señor del castillo y de esta isla. Fui yo quien puso el anuncio que vio en Oban. Por favor, ¿no quiere sentarse?

Habló como alguien educado en el sur, con un mínimo acento en las erres. Su voz tenía un timbre grave y sosegadamente cautivador, como el retumbar distante del trueno que uno oye antes de la tormenta. Era el tipo de voz que ponía la piel de gallina a las doncellas jóvenes.

Eleanor era una de esas doncellas.

Dunevin indicó con un gesto la silla que había ocupado previamente y dijo sin más preámbulos:

—Fergus no me ha dicho que fuera tan joven.

Aún impresionada por la visión de él, el sonido de él, la presencia de él, Eleanor necesitó un momento para responder.

—¿Discúlpeme?

—¿Qué edad tiene señorita, dieciocho años recién cumplidos?

Su manera tan directa de hablar, tan franca, la sacó finalmente del desconcierto que le había provocado. Eleanor respondió después de aclarar su garganta.

—Tengo veintiuno, milord.

Él alzó una ceja.

—¿De veras? ¿Veintiuno?

—Bien, casi. —Ella se agitó bajo la mirada que él mantenía sin pestañear sobre ella—. En cualquier caso, le aseguro que soy ciertamente capaz de arreglármelas solas.

El vizconde la observó, evaluándola mentalmente, estaba segura. Se estaba preguntando que hacía sola en un lugar como esta isla remota una joven dama aparentemente refinada. Su silencio era de lo más turbador.

—Me temo que Fergus no me ha dicho su nombre, ¿señorita...?

—Harte —respondió ella sin pensar, diciendo lo primero que le vino a la cabeza—. Señorita Nell Harte.

Era un nombre tan bueno como cualquier otro, supuso. No habría sido muy acertado darle su nombre verdadero, teniendo en cuenta que los nombres de Wycliffe y Westover eran casi tan renombrados como el de Hanover en todo el reino.

—Bien, *señorita Nell Harte* —dijo él, repitiendo el nombre ficticio de una manera que le hizo preguntarse si se burlaba de ella—. ¿De dónde procede?

—De Surrey —mintió.

—¿Surrey? —repitió él.

—Sí.

—Las tierras de la familia de mi esposa se sitúan muy cerca de ahí, en una pequeña parroquia llamada Abinger. ¿La conoce?

Eleanor tragó saliva, atrapada en la indecisión de si continuar con su falsa historia y decirle que conocía aquel lugar o admitir que no y posiblemente alertarle del hecho de que en realidad no sabía nada de Surrey, aparte de que se localizaba en el sur de Inglaterra.

—Abinger... —respondió rápidamente con un gesto de asentimiento—. Sí. Sí, lo conozco.

—Claro, entonces tiene que haber conocido al párroco de allí, el señor Pevensley. Fue él quien nos casó a mí y a mi esposa.

Eleanor asintió con una sonrisa cauta y, aunque su cerebro le gritaba que se callara, dijo:

—Desde luego. Le vi poco antes de partir. Está bastante bien.

¿Qué diablos le había pasado por la cabeza para decir aquello?

—Claro...

El vizconde se quedó callado, mirándola de nuevo con esa mirada directa que le provocaba ganas de cubrirse un poco más tirando de los bordes de la capa. Eleanor rezó para que no le hiciera más preguntas sobre el párroco. Pasó un momento. El viento silbaba a través de la ventana. Eleanor se ajustó el puño de su manga.

—¿Referencias?

Se había temido esto, por supuesto, por eso no la cogió con la guardia totalmente baja.

—Me temo que no tengo ninguna, milord.

Dunevin la miró.

—¿Sin referencias?

Eleanor sacudió la cabeza y sonrió, recogiendo las manos con primor sobre su regazo. No ofreció más explicaciones. No tenía ninguna.

El vizconde la fundió con una mirada.

—Señorita Harte, perdóneme por ser, bien, *franco*, pero por lo que puedo ver apenas acaba de salir de la escuela, ha aparecido de la nada, de Dios-sabe-dónde, ciertamente de ningún sitio cercano a Abinger, ya que el párroco, el señor Pevensley, hace ya más de cinco años que murió...

Un sonrojo de azoramiento empezó a cubrir rápidamente las mejillas de Eleanor.

—... solicita el puesto de institutriz de mi única hija, y aun así no tiene referencias que demuestren que está cualificada para el cargo. Como es obvio, dadas estas observaciones iniciales, tengo que asumir que tiene algo que ocultar. Probablemente no se llame Harte. De modo que, dígame, ¿qué le hace pensar que voy a contratar a alguien para encomendarle el cuidado y educación de mi única hija?

Eleanor se enderezó en su asiento, negándose a amilanarse ante aquella censura, y dijo con voz sorprendentemente clara.

—Porque, si me perdona la franqueza, milord, no hay nadie más *dispuesto* a ocupar el puesto.

Dunevin la miró fijamente, en silencio y, era obvio, que disgustado.

Eleanor abrió la cartera y desdobló ante él el anuncio que había cogido de la pared de la posada.

—Por lo que me han contado, soy la única que ha mostrado cierto interés por el puesto en cierto tiempo.

El vizconde ni siquiera se molestó en echar un vistazo al anuncio. En vez de eso, se quedó mirándola, fijamente, con el gesto torcido de forma irrevocable.

Eleanor insistió.

—Sé que la última institutriz a la que consiguió emplear dejó su cargo hace casi doce meses. También sé que no ha podido contratar a otra persona para el puesto desde entonces, pese a las numerosas indagaciones que ha hecho por todas partes.

Se adelantó un poco en la silla.

—Lord Dunevin, aunque no puedo entrar en los detalles de mis antecedentes, sí puedo asegurarle que he crecido toda la vida entre la buena sociedad, no en Surrey sino en otro sitio. Tiene razón al suponer que nunca antes he trabajado como institutriz, lo cual es el motivo de mi falta de referencias. Creo que mi educación familiar me capacita de manera más que suficiente para el puesto. Hablo francés además de latín. He sido preparada en los mejores centros para señoritas de toda Inglaterra. He servido literalmente cientos de tazas de té,

he confeccionado innumerables menús de cenas y, aunque ahora no lo parezca —continuó, mirándose el traje gastado por el viaje—, sé cómo vestir con propiedad. Sé bailar alemanda, cuadrilla, vals y docenas de otros estilos. Puedo coser diversos puntos con pulcritud y exactitud. Sé calculo. Tengo formación musical. Puedo recitar poesía y citar a filósofos. Me atrevería a decir que no encontrará a nadie más cualificado para este puesto en toda su vida —tomó aliento—, de modo que, desde mi punto de vista, puede permitir que su hija languidezca un año más sin educación o puede darme una oportunidad. Eso es lo único que pido, la oportunidad de demostrarle que puedo enseñar a su hija las aptitudes necesarias para desenvolverse en sociedad. Supongo que es lo que espera, ¿no?

El vizconde continuaba mirándola fijamente con expresión petrificada.

Eleanor continuó sentada, devolviéndole la mirada, medio esperando que él la despidiera cuando volviera a abrir la boca. No tenía ni idea de qué iba a hacer si esto sucedía, a dónde iría. De lo que sí estaba segura, si él la echaba, era de que tendría que nadar mucho hasta llegar a tierra firme. Estaba sin blanca.

Pero, por increíble que fuera, él no la despidió, al menos no de inmediato. En vez de eso, el vizconde se levantó y cruzó la estancia hasta la ventana, con las manos enlazadas relajadamente a la espalda. Mientras permanecía así, Eleanor se fijó en la manera en que su pelo se rizaba justo por debajo de su levita, en la postura meditabunda de sus hombros. Continuó así durante varios minutos, sin hablar, únicamente mirando a su hija igual que había hecho Eleanor desde el mirador momentos antes.

Desde donde Eleanor estaba sentada, podía ver que la niña no se había movido pese al hecho de que había empezado a caer una suave lluvia. Pasó un momento. Dos. La lluvia caía con más fuerza, impulsada por el viento que se estaba levantando. Ella seguía quieta. El vizconde seguía observando.

Finalmente, cuando Eleanor estaba a punto de salir a recoger a la niña ella misma, avistó a una doncella abriéndose camino desde dentro del castillo en dirección a ella. Echó un manto sobre los hombros de la muchacha y se la llevó de su asiento, guiándola hasta el cobijo de los muros del castillo.

El vizconde seguía sin moverse.

—¿Cómo se llama su hija? —preguntó con suavidad Eleanor, incapaz de soportar más rato el silencio.

—Juliana.

Dunevin se volvió con el rostro tan ofuscado como el cielo del exterior.

—No habla.

Eleanor asintió.

—Sí, lo sé.

La miró. Y luego él sacudió la cabeza.

—Por lo que veo, los lugareños ya le han llenado la cabeza de cuentos horripilantes, sin duda sin olvidar nada en sus descripciones. Probablemente habrán intentado disuadirla de viajar hasta aquí.

—Hizo una pausa—. Y aun así ha venido a solicitar el puesto de institutriz pese a todas las advertencias. ¿Por qué?

—Las leyendas fanáticas sobre las desgracias ajenas no me interesan, milord. Siempre he creído que los chismorreos sólo son obra del... —Eleanor se detuvo, con la esperanza de que él no se percatara de lo que había empezado a decir.

—... del demonio —concluyó él— o eso dicen. Pero, cuénteme, señorita Harte, ¿también piensa así cuando el chismorreo se *refiere* al propio demonio?

Su mirada de pronto era tan intensa que a Eleanor no se le ocurrió nada que decir como respuesta.

El vizconde abandonó el sitio en la ventana y regresó al escritorio para abrir el cajón de arriba.

—Por lo visto, nos necesitamos el uno al otro. Me ha convencido con sus argumentos, señorita Harte. Está contratada. Quien tenga suficiente juicio como para desdeñar las historias y tonterías supersticiosas de los continentales sin duda merece una oportunidad. El salario es de cien libras al año. ¿Le parecen aceptables estas condiciones?

Apenas seis meses antes, Eleanor se había gastado cien libras y mucho más sólo en vestuario para su presentación en sociedad y sin pensárselo dos veces. Claro que era dinero Westover, dinero que, ahora lo sabía, pretendía ocultar la verdad del pasado tras una máscara de decoro.

El dinero que tendría a partir de ahora se lo ganaría por su cuenta. La sensación de independencia que le daban cien libras al año valía más que todas las riquezas de Westover.

Eleanor asintió.

El vizconde sacó unas monedas del cajero del escritorio y las dejó caer en una pequeña bolsa con un cordel. Luego colocó la bolsa en el escritorio que tenía delante.



—Considérela un adelanto de su salario. Hará bien invirtiendo una cantidad en un par de zapatos resistentes y un abrigo más práctico. El invierno llega rápido a las islas, señorita Harte, y aquí no le servirán demasiado los zapatos de señorita. Mi asistente, Fergus, puede hacerle cualquier encargo que usted pida al zapatero de Oban.

Cruzó hasta la puerta y la abrió dejando ver a un hombre de pie allí.

—Fergus, por favor, enseña a la señorita Harte la planta infantil. —Se volvió hacia ella—. Allí encontrará ahora a mi hija. La cena se sirve a las seis, aquí seguimos los horarios del campo. Si hay alguna otra cosa que necesite, Fergus se ocupará de ello por usted.

Eleanor se levantó para marcharse, preguntándose por la repentina necesidad de Dunevin de librarse de ella.

—¿No debería hablar con lady Dunevin antes de ir a conocer a su hija, milord?

El rostro de Dunevin perdió toda expresión. Durante un momento permaneció petrificado a causa de aquellas palabras.

—Me temo que no va a ser posible, señorita Harte. Lady Dunevin murió.

Y con aquello, el Diablo del Castillo de Dunevin salió majestuosamente de la habitación de forma tan repentina como había entrado.